

Por grande que fuese la resignación y aún el envilecimiento á que habia reducido á estos desgraciados la costumbre de sufrir, exasperáronles los excesos de sus señores, y concertándose entre sí se sublevaron con la imperiosidad propia de quien rompe una insoportable cadena.

Ya cuando la primera vez pensó Roma en hacer un desembarco en Africa, habia reclutado cuatro mil samnitas á quienes obligó al servicio de remeros. Indignados de este tratamiento, se unieron á tres mil esclavos y con su ayuda se rebelaron amenazando á sus tiranos. Pero fueron vendidos por Herrio Poticio, capitán de los auxiliares á quien habian elegido por jefe.

Esta vez adquirieron los que se acababan de sublevar en Sicilia, la simpatía de todos los esclavos, en quienes la servidumbre no habia apagado del todo el valor que les animaba (139). Haciéndose pasar en Asia, un tal Aristónico por hijo de Eumeno, se apodera de Leuca; despues derrotado por los efesios, se retira hácia el centro del Asia, donde hace un llamamiento á los esclavos para conquistar la libertad, y reúne un gran ejército; insurrecciónanse veinte mil de ellos, empleados en los trabajos de las minas de la Atica; otro tanto hicieron otros en Delos, y otros en Campania. En la misma Roma conspiran ciento cincuenta mil esclavos, no por su libertad y la igualdad entre los hombres,—estas palabras debian de tardar siglo y medio en dejarse oír desde el interior de un establo y desde lo alto del cadalso para no olvidarse jamas—sino sólo para sacudir un yugo intolerable.

Encontrábase entre los esclavos de Sicilia un tal Euno, natural de Apamea en Siria, hábil en el arte de los encantos y adivinación; pretendia hacer creer que primero se le revelaba el porvenir en sueños, y despues en la misma vispera. Como todas sus predicciones no habian sido desmentidas, habia conseguido gran consideración entre sus compañeros. Unas veces manejaba un hierro ardiendo, otras despedia llamas por la boca haciéndose admirar por la ignorancia. Alabábase de que se le habia aparecido la gran diosa de Siria y le habia predicho sería rey, lo cual repetia á sus camaradas y á su señor Antigeno. Este se divertia con tales delirios y le llamaba él mismo rey: presentábale como tal á sus amigos, quienes le preguntaban

como trataria á tal ó cual, luego que subiera al trono. Respondia Euno unas veces de un modo extraño, otras con mucho juicio; pero la reunión no hacia más que reír y le daban algunas sobras del espléndido banquete.

Llegado el momento de la rebelión acuérdanse los conjurados del adivino y rey, y acuden á Europa para consultarle, y él, aprovechándose de su prestigio, les asegura que tienen el asentimiento de los dioses, exhortándoles á la rebelión. Fácilmente se cree lo que agrada: reúnen cuatrocientos esclavos y toman por jefe al rey Euno. Guiados por él, verifican una irrupción en Enna, donde dan muerte y violan sin respetar mujeres ni niños. Unense á ellos otros esclavos, despues de haber degollado á sus señores, Mofilo y su mujer, en una vecina casa de campo, fueron arrastrados á la ciudad, expuestos en el teatro y allí juzgados con regularidad; despues se dió muerte vergonzosa al marido, y su esposa Megalida fué entregada á sus mujeres que la hicieron sufrir los más refinados tormentos. Sólo libertaron los esclavos á su hija, la que, compasiva para con ellos cuando eran maltratados, los socorria en su prisión, los cuidaba en sus enfermedades y les daba de comer cuando tenían hambre.

Convertido verdaderamente Euno en rey, gracias á sus ballaquerías, y al nombre de buen augur que habia recibido bromeando, se apodera de la púrpura y la diadema; trata á su mujer como reina, se dá el nombre de Antioco y el de sirios á los sublevados. Elige para consejeros aquellos más astutos y avisados y entre ellos á un tal Aqueo. Ejerciendo entonces la autoridad con feroz crueldad, propone dar muerte á todos los neos, á excepcion de aquellos que saben y quieren fabricar armas.

Así como el emperador Cristóbal de Santo Domingo, tuvo Euno en tres dias mil setecientos hombres armados como mejor pudieron, y dió principio á recorrer el país con la brutalidad natural á una tropa que no tenia de humano más que el instinto de venganza. Habiéndose aumentado sus fuerzas hasta el número de diez mil combatientes, se atrevió á presentar batalla. Lucio Ipseo, primero, y despues varios generales romanos, alcanzaron más de una vez la victoria.

Por otra parte el ciliciano Cleon sublevaba

también esclavos, y cuando esperaban los romanos que no tardando ámbos partidos en ser rivales, acabarían aniquilándose entre sí, lo cual libertaria á la Sicilia, supo Euno, que no carecía de habilidad, atraerse á Cleon con sus cinco mil compañeros. Un mes despues de la insurrección, se encontraba al frente de doscientos mil guerreros, lo que le animó á atacar á Mesina, pero fué rechazado por el consul L. Calpurnio Pison.

Si á veces se lanza con feroz ardor á la victoria un ejército compuesto de gentes recogidas á la casualidad de todos los países, es con facilidad engañada por la política y dominada por la táctica y la disciplina. Por otra parte, las rebeliones que hemos mencionado fueron sofocadas por un pronto desarrollo de fuerzas, seguido de atroces suplicios multiplicados hasta lo infinito, pero en Sicilia continuaron aún algún tiempo en vencer y tomar ciudades; en fin, Rupilio sitió á Taurominio y la redujo á tal extremidad, que los sitiados se comían unos á otros, cuando el Sirio Serapio entregó la ciudadela por traición. Los que se habian refugiado en ella, fueron precipitados desde lo alto de las murallas, despues de haber sufrido atroces tormentos. Habiendo sido atacada Enna á su vez, fué muerto Cleon en una salida, tomada la ciudad por traición y veinte mil sirios pasados á cuchillo.

Euno, á quien faltaba el valor necesario á un jefe de partido, huyó con seiscientos hombres, quienes viéndose perseguidos y sin poder escapar, se dieron muerte unos á otros. Se encontró al rey en una caverna donde se habia refugiado con su cocinero, su panadero, su bañero y su bufon. Sumergido en las prisiones de Murgancio, murió roído por la miseria. Restituyó Rupilio la tranquilidad á la Sicilia (132), ya se puede adivinar por qué medios.

No sucede la calma inmediatamente despues de la tempestad, por eso varias insurrecciones de menor importancia estallaron sucesivamente en Italia, las cuales causaban tanta más inquietud, cuanto que los cimbras habian pasado los Alpes, y recordaban la formidable memoria de Brenno. Rebeláronse treinta esclavos en Nuciera, y fueron castigados, haciendo otro tanto doscientos en Cápua, donde también perecieron. Tito Minusio Vettio, caballero romano,

hijo de un hombre muy rico, se enamoró de una jóven esclava que pertenecía á otro, y no pudiendo vivir sin ella, compró sus favores con siete talentos áticos. Llegado el día del pago, pidió un plazo de treinta dias por no tener el dinero necesario para verificarlo, no pudiéndolo hacer tampoco en el segundo vencimiento. Pero como creciese de día en día su amor hácia la esclava, se decidió á hacer uso de la violencia. Habiendo, pues, comprado al fiado quinientas armaduras que llevó al campo, excitó á la revolución á cuatrocientos esclavos, á la cabeza de los cuales se cinó la corona. Empezó entonces á maltratar á sus acreedores, á invadir las casas, las viviendas de recreo, admitiendo en sus filas á todos cuantos se presentaban, dando muerte á los que rehusaban hacerlo, y concediendo, por último, asilo á los esclavos fugitivos. Ocupóse el senado prontamente de esto, y Licinio Lúculo derrotó á Minusio que se dió muerte; perecieron todos sus cómplices, excepto Apolonio que los habia vendido.

En el momento en que Cayo Mario hacia la guerra á los cimbras, habia sido autorizado por el Senado para pedir socorros á los países de allende el mar. Para conseguirlos, dirigióse á Nicomedo, rey de Bitinia. Pero este príncipe le contestó que no se encontraba en disposición para proporcionárselos, atendido á que la mayor parte de sus súbditos habian sido robados por los exactores y vendidos como esclavos. Declaró entonces un decreto del Senado, que ningun individuo de condición libre ó de una nación aliada al pueblo romano podria ser hecho esclavo de las provincias: dióse orden en su consecuencia á los pro-consules y á los pretores de poner en libertad á todos aquellos á quienes se detenía ilegalmente en la esclavitud.

En virtud de este decreto, Licinio Nerva, pretor en Sicilia, dió libertad á ochocientos en pocos dias. A esta noticia, se despertó de nuevo la esperanza entre todos los demas. Espántanse la *gentes honradas*, y consiguen con medios pecuniarios el que Nerva suspenda seguir dando libertad. Empieza entonces el digno pretor á despedir con soberbias recriminaciones á los que aún se presentan alegando derechos á la libertad. Irritados éstos, más por la afrenta que por el perjuicio que han sufrido, traman una conspiración. Treinta esclavos pertene-

cientes á dos opulentos hermanos, nombran por jefe á Oario, degüellan á sus amos, sublevan á los esclavos de las cercanías y encuentran antes de la aurora más de ciento veinte compañeros. Apodéranse de una fuerte posición, dejando para su defensa ochenta hombres que se unen á ellos enteramente armados.

Acude Licinio Nerva, pero no bastándole la fuerza recurre á la traición. Promete gracia á Cayo Ticinio, condena á muerte, y éste se aproxima al fuerte, ocupado por los rebeldes, con una tropa de hombres seguros, fingiendo que venia á runirse á ellos contra sus comunes opresores. Se hace su jefe, y abre las puertas al enemigo. Perecen la mayor parte peleando, los restantes son precipitados desde lo alto de las murallas y encuéntrase de esta manera apaciguada la rebelión en su origen.

A pesar de este mal éxito, se sabe que otros ochenta esclavos se han insurreccionado y dado muerte á P. Clonio, caballero romano y que su número se aumenta de día en día. Avanza el pretor hácia el monte Carpiano, donde se habían reunido; pero pareciéndole ofrecer peligros el ataque se dirige á Heraclea. Animados los rebeldes con que no se hubiera atrevido á atacarlos, recorren las cercanías, y encontrándose bien pronto en número de ochocientos hombres bien equipados, derrotan al pérfido Ticinio, y sus armas les proporcionan nuevos medios de defensa. Ascienden sus fuerzas en adelante á seis mil combatientes, y eligen por rey á uno de los suyos, llamado Salvio, hábil arúspice, flautista, y por lo común guía en las procesiones solemnes; hace este hombre que abandonen las ciudades como sitios de molición que les recuerdan la memoria de la servidumbre, y dividiendo su tropa en tres destacamentos, cada uno de ellos á las órdenes de un jefe particular, les designa un punto de reunión para encontrarse después de las incursiones en el campo.

Encontrándose por fin Salvio á la cabeza de dos mil caballos y veinte mil infantes agueridos y orgullosos de su libertad nuevamente recobrada, dirige un ataque contra Murgancio. Sorpréndelos el pretor en el campamento, que invade y entrega al pillaje, pero rehechos de su primer espanto, renuevan el combate y derrotan al enemigo. A la orden de Salvio de per-

donar al que depusiera las armas, se rinden la mayor parte de los romanos; solo seiscientos fueron muertos, y cuatro mil quedaron prisioneros.

Dobla el número de sus soldados esta victoria que aumenta grandemente el crédito de Salvio, y empieza á batir con atrevimiento las campiñas comarcanas prometiendo la libertad á todos los esclavos de Murgancio. Pero habíanse adelantado los señores haciéndoles la misma promesa; resultando que los esclavos de la ciudad combatieron con tenacidad á Salvio que se vió precisado á retirarse. Apenas había pasado el peligro, cuando anuló el pretor el compromiso contraído por los señores; pero engañados entonces los esclavos en su esperanza salieron en tropel para unirse á los rebeldes.

Subleváronse otros también en Segesto, en Lilibea y en otras partes, bajo el mando del ciliciano Atenion hombre enérgico, versado en astrología, que en cinco días reunió mil de ellos, pero obrando con prudencia no acogía á todos los fugitivos y no alistaba sino á los más valientes; invitaba á los demás á que permaneciesen en sus talleres y á que le proporcionasen víveres y noticias. Quería además que no se vejase al país y no se maltratase á los animales, como dependencias de un reino que le prometían los astros y que el bien pronto poseería. Sitió con más de diez mil hombres á la inespugnable Lilibea, pero conociendo que era inútil, declaró que las estrellas le aconsejaban alejarse de aquella fortaleza. Así las cosas, llegaban precisamente al puerto bageles conduciendo cohortes moras en socorro de los sitiados, que haciendo una salida durante la noche cayeron sobre los insurreccionados, de los que mataron gran número. Aumentóse la fama de Atenion como profeta.

Los que conocen los efectos de la rebelión de los negros en la más bella de todas las Antillas, al principio de este siglo, no tienen necesidad de que nos detengamos á describir el estado del país. Encontrábanse cerrados los tribunales y cada uno obraba á su antojo, los mismos hombres libres, reducidos á la indigencia, se entregaban á todos los excesos y nadie se atrevía á pasar las murallas.

Habiase adelantado Salvio hasta Leoncio, reunió allí un ejército de treinta mil hombres

y celebró la fiesta de los héroes pálicos, semidiosos honrados con particularidad en Sicilia. Eligió después para su residencia el fuerte de Triocala, donde se instaló con el sobrenombre de Trifon, y construyó alrededor una ciudad de ochocientos estadios de circunferencia con fosos, foro y palacio. Formóse un consejo y tomó con lictores las demás insignias de la autoridad suprema.

Desde aquel punto, éste rey de los esclavos, émulo de los héroes, envió orden á Atenion de llegar á unirse á él; y éste haciendo el sacrificio de su grandeza al interés común, lo verificó con tres mil hombres, mientras otros recorrían las campiñas y propagaban la insurrección.

Alargábase el asunto y era necesario dar un golpe decisivo. Vino después Lucio Licinio Lúculo con catorce mil romanos, ochocientos bitinios, tesalios, acarnanios, seiscientos lucanios y otros tantos reclutas para devolver la tranquilidad á la Sicilia. No conocía Atenion esta guerra por pequeños destacamentos, en la que debe consistir la táctica de los insurreccionados, y resolvió combatir á campo raso. Empeñaron la batalla cerca de Sirtea y consiguió la victoria la disciplina. Fueron muertos veinte mil rebeldes y los demás dispersados. Herido Atenion se ocultó entre los muertos y huyó cuando llegó la noche; pronto fué sitiada Triocala.

Fué tan grande el desaliento como lo había sido la audacia; hablábase ya de entregarse á la misericordia de los señores; pero los más resueltos disuadieron á los demás y les persuadieron á vender caras sus vidas más bien que consumirlas en los tormentos insultados por los verdugos. Lanzándose, pues, con la energía de la desesperación sobre los romanos los derrotaron y rechazaron de Triocala.

Cneo Servilio que reemplazó á Lentulo, no hizo progreso alguno, al paso que Atenion que mandaba sólo desde la muerte de Salvio, conseguía hacer triunfar á los esclavos. Pero el cónsul C. Mario, precedido del espanto que inspiraba el vencedor de los cimbrios acababa de hacer mudar de aspecto la fortuna. Persiguió su colega Aquilio á los rebeldes, los derrotó varias veces, y dió muerte en singular combate al mismo Atenion. Refugiáronse diez

mil de ellos en lugares fortificados, pero los persigue con obstinación y los desaloja. Dícese que perecieron en esta guerra un millón de esclavos. No quedaban más que mil bajo las órdenes de Sátiro; concluyeron por rendirse y la magnanimidad romana les condenó á pelear contra las fieras. Quisieron al menos perecer noblemente; cuando se encontraron en medio de la arena, con las armas en uso en esta clase de lides, se colocaron cerca de los altares y se dieron muerte intrépidamente unos á otros. Habiendo quedado el último Sátiro, se clavó su espada en el pecho, con gran diversión del Senado y del pueblo romano.

CAPITULO XXVIII

Los Gracos.

Si en medio de corrupción tan inmensa se alzaba un hombre con intención de mejorar las costumbres, de impeler al pueblo á la industria y á la agricultura, de sustituir al trabajo de los esclavos y de un pueblo perezoso el de una clase laboriosa como la de los tiempos modernos, ahuyentando la miseria á fuerza de brazos; si aquel hombre se proponía enfrenar el despotismo del Senado y la codicia de los caballeros, hacerse órgano de las quejas de las provincias y de los municipios, poner coto á la afluencia de los esclavos, y estorbar la despooblación del país, ¿no hubiera tenido derecho al agradecimiento de todos, aun cuando fuera por la intención solamente? Y no hablamos de la gratitud de los contemporáneos, que rara vez perdonan al mérito, sino de la gratitud de la posteridad á lo ménos. Pues bien, esta fué la gran tarea que se impusieron los Gracos; sus contemporáneos les dieron muerte; se contentó la posteridad con referir los ultrajes que les hizo padecer la venganza patricia, sin dignarse tomar en cuenta sus nobles intenciones, al enumerar los funestos medios que emplearon para ponerlas en planta.

Habían conocido las familias patricias de los Escipiones y de los Appios cuanta necesidad tenían de unirse á la familia ecuestre de Sempronio. Tib. Sempronio Graco había protegido en su tribunado al Asiático y al Africano, y en galardón, á la muerte del último se le consideró digno de casarse con Cornelia, su hija,